

**Discurso pronunciado por Norberto Quantín en el Aula Magna del Colegio Nacional de Buenos Aires, el 06 de Noviembre de 2006 en ocasión del 60º aniversario de la graduación de la promoción 1956.**

Señor Rector, señores profesores, queridos compañeros.

No es la primera vez que me toca asistir a un acto del colegio como actor y no como espectador.

El Colegio tenía un coro. El Colegio tiene un órgano estupendo. El Colegio daba conciertos con su órgano y su coro.

Integrar el coro era un honor pero tenía también sus ventajas.

El ensayo se llevaba a cabo en los diez minutos finales de una hora de clase, más los cinco del recreo y, lo que era más importante, los primeros diez de la hora siguiente. Es decir que el corista recibía con alivio al celador que golpeaba la puerta del aula y lo reclamaba y salía con la tranquilidad de que en la próxima hora estaría justificadamente ausente en esos terribles minutos del “A ver, pase...”

Finalizado el ensayo se volvía con paso cansino, “haciendo tiempo” desde el subsuelo, pasando por la pileta de natación, la sala de proyecciones, el stand de tiro, donde se cumplían las famosas “condiciones”, por

“los claustros sombríos del viejo colegio  
curvos de silencio y de soledad”

como decía Baldomero en su Elegía al Viejo Nacional Central.

De familia de músicos y años de piano, me presenté al maestro Hermes Forti para la prueba de ingreso. Doce años, pantalones cortos, nuez de Adán en veremos. Pasé apenas.

A los pocos meses se anunció la visita de un presidente centroamericano y debíamos darle la sorpresa de entonar su himno cuando entrara. Había que aprenderlo de memoria

...”Al combate corred bayameses, que la Patria os contempla orgullosa...”

Lo repetía una y otra vez en los viajes en subte, sintiéndome un bayamés más, y me emocionaba pensando en el triunfal ingreso del Presidente del país hermano al son de su himno.

En el último ensayo, minutos antes de la actuación, con las “capitas” celestes ya puestas, Forti siente algo que no va bien, pone el oído al lado de la boca de cada corista, me agarra de una oreja y, con grito de horror, me indica la salida. Antes se me quitó la capita como a Dreyfus las charreteras. La nuez de Adán me había crecido.-

Señor rector, pido a Usted clemencia para salir airoso de este entuerto. Sea piadoso con mi nuez de Adán.

Quiero, como abogado, defender al Colegio del lastre de los hombres medidos cargados de falsa prudencia y, sobretudo, de los hombres prácticos que se esmeran en quitarle poesía a la vida.

Estos personajes se han dedicado a denostar al colegio por varios y materiales motivos:

- 1) Que se nos hacía estudiar de memoria
- 2) Que se nos volvía competitivos
- 3) Que perdíamos un año (el sexto)
- 4) Que el latín no servía
- 5) Que la disciplina era demasiado rígida.
- 6) Que somos diletantes

- 7) Que teníamos una cultura afrancesada, aunque no la del intendente.
- 8) Que éramos, que somos, elitistas.

El Colegio no necesita que lo defiendan, mas es noble y justo que un hijo abogue por su padre.

Antes de ensayar la defensa, quiero exaltar virtudes ignoradas, a veces, por nosotros mismos de tan naturales que nos parecieron.

Nuestro ingreso al colegio coincidió con los últimos años de la inmigración. Esta se vio aumentada porqué la hambruna de la guerra se prolongaba. **LA ARGENTINA RECOGIÓ A TODOS -VENCEDORES Y VENCIDOS- Y LES ABRIÓ LAS PUERTAS DE SU MEJOR COLEGIO**

Jamás hubo la más mínima discriminación – no se conocía la palabreja- y los muchachos trabaron amistades a las que desgraciadamente sus padres habían renunciado.

Algunos podemos recordar a Tsur, hijo del primer embajador israelí en la Argentina. Recién venido, sin amigos, comprendiendo muy poco el castellano, le costaba horrores seguir una clase y a veces, se daba por vencido, agotado, antes de acabarla. Tampoco le entendíamos mucho, y creo que hablaba “idish”, ya que el hebreo era entonces una “lengua muerta” (hoy milagrosamente resucitada).

El romántico Binetti, que daba su clase de literatura en plena hora de la siesta, lo miraba con cariño y le decía:

“OH Tsur, imagino que sus ojos entrecerrados le hacen volar la imaginación a la imponencia del Mar Muerto”. Nunca me tragué lo del Mar Muerto y pienso que era una criolla siesta. Fue la primera muestra de su integración.

Como nos sentábamos por orden alfabético, el israelí estaba a tiro de pupitre de unos alemanes altos, rubios, con el pelo cortado “a la americana”, que parecían salir de la serie Combate. Sus apellidos comenzaban, naturalmente, con W. Ni los tedescos tenían problemas con Tsur, ni tampoco con Sánchez – o Sanchéz- que a pesar del apellido, era francés, algo trucho pero con pasaporte.

Esta integración no era sólo por naciones sino también por clases sociales. El indio Mercol – luego médico destacado- se ganaba unos pesos boxeando, alquilaba una pieza en el conventillo de enfrente, se lavaba y planchaba su prolija ropa y se cocinaba como podía. Pero se codeaba con algún futuro secuestrado ilustre. Nadie se alejaba, tampoco, de aquel compañero que vivía en un inquilinato de Boedo y se paseaba por los claustros en el frío de agosto con un traje blanco cruzado que le habían regalado. Todo ello con naturalidad, con alegría, pensando que el Colegio nos igualaba y nos preparaba para un futuro mejor.

Pero no se igualaba para abajo. Esa igualdad nunca fue la de Cambalache. Fue la del Quijote, quien levanta a los personajes, y toma a la venta de mala fama por un castillo, al ventero por un hidalgo y a la Maritornes por gentil princesa.

Efectivamente, se nos elevaba. Se nos trataba de usted, como a señores.

Nunca faltaba, en las hornacinas de los claustros. la sentencia ejemplar, escrita con una Remington gastada. Una frase diferente cada día a través de los 1200 jornadas de clase del bachillerato, que algún alumno – perseverante alemán tenía que ser- copió todas religiosamente durante el recreo musical de quince minutos, cuyo repertorio también se anunciaba puntualmente e iba educando nuestro gusto artístico.

Hasta copiarse era mal visto y si alguno lo hacía, era más por gozar con el riesgo, que por gambetear el estudio o traicionar la confianza.

Todo ello nos enseñó a ser honestos en la vida; nunca salió el nombre de ningún compañero en los diarios por quedarse con un centavo ajeno. **Se nos educó para trabajar por la Nación y no contra la Patria.**

Es una gran deuda que tenemos con el Colegio..

El colegio nos enseñó también a ser **Libres.** Era un espíritu que campeaba en los claustros. Fueron años difíciles en los que se intentó desde fuera manipular políticamente a los estudiantes. El colegio fue una valla infranqueable. **PUDIMOS PENSAR CON LIBERTAD. DISCUTIR HASTA EL ENOJO. CONVENCER Y CONVENCERNOS. Y RESPETARNOS Y QUERERNOS.**

**A VECES RECORRO EL CATÁLOGO DE MIS CREENCIAS Y COMPRUEBO QUE MUCHAS DE ELLAS LAS DEBO A ALGÚN PROFESOR O A ALGÚN COMPAÑERO. Y, LO MÁS ASOMBROSO, QUE ESE COMPAÑERO SUELE NO TENER YA LAS CONVICCIONES QUE ME PASÓ, Y QUIZÁ POSEE LAS QUE YO TENÍA EN AQUEL ENTONCES.**

La “cultura” argentina estaba en manos de los contreras (el término “gorila” apareció recién en el 54). Estos no eran más tolerantes que los políticos oficialistas. Así proscribieron de la cultura oficial, según nos cuenta María Elena Walsh, a María Granata, Castiñeira de Dios, Fermín Chaves, Leopoldo Marechal, Horacio Rega Molina y hasta a Discépolo.

Sin embargo, antes de que pasara el primer mes de clase, ya estábamos aprendiendo de memoria “El carrito de los Helados” de Rega Molina, uno de los proscriptos.

Desde mi cuarto escucho la corneta  
del carrito infantil de los helados  
y evoco al punto el toldo de loneta  
con sus borlas de lana a los costados

Ayer era una voz maravillosa  
Que me impelía con ahínco firme  
En pos de la llamada jubilosa

Y hoy es la misma voz, pero con pena.  
La misma voz que acaba de decirme  
Ya esa corneta para ti no suena

¿Y quien lo exigía? : ¡Ricardo Monner Sans, quien, desde las antípodas políticas de Rega Molina nos daba una lección de tolerancia!

En el 53 Monner Sans presentó su renuncia a la cátedra por su frontal oposición al gobierno. No se lo había perseguido en el Colegio. Fue una renuncia preventiva que quizá frenó futuros atropellos.

El espíritu del Colegio no hubiera permitido ni la exclusión de un poeta ni la expulsión de un profesor por no ser “políticamente correctos”. Este concepto no existía, y calladamente se nos preparaba para rechazar el pensamiento único, para espantar al hombre masa.

Teníamos como profesor de francés a otro Ricardo: Frondizi, hermano de Arturo, aquel presidente-estadista, cuyo sólo recuerdo nos hace admirarlo si se lo compara con lo que vino luego y siguió hasta ahora.

Producida la caída de Perón, Arturo estaba de moda pues un mes antes había dicho ¡por RADIO DEL ESTADO! aquel famoso discurso -hasta entonces prohibido- que todos escuchamos acurrucados, en una noche fría, alrededor del “combinado”. Y, sin quererlo, se formó una especie de “tribunal popular” en cada división para juzgar la valentía –o no- de cada profesor durante “el régimen depuesto”. como decía la prensa. Terminada la clase de Frondizi un cerrado aplauso lo despidió. Fue la única vez que vimos furioso a Don Ricardo, quien no quería venganzas, ni odios ni revanchas.  
¡Qué ejemplo de grandeza!

Hace un par de meses, un ex alumno, periodista expulsado de los lugares oficiales por no ser obsecuente, presentó su libro en este mismo salón. Por razones que no vienen al caso, siento un profundo disgusto con ese periodista, pero hubiera luchado a brazo partido para que pudiera proclamar su pensamiento y presentar su libro en esta Sala.  
GRACIAS SEÑOR RECTOR POR PERMITIR ESE ACTO Y MANTENER EL ESPÍRITU DEL COLEGIO.

### **VEAMOS LAS CRÍTICAS**

**Se nos criticaba por estudiar de memoria.** Estudiábamos poesías en castellano, francés, inglés y latín. De memoria, por supuesto. Creo que no existe otra manera. Y en todo caso no se olvide que Zeus, el jefe del Olimpo, y Mnemosina, la diosa de la memoria, son los padres de las musas, que son a su vez las protectoras de todas las artes.  
Que estas musas, buenas hijas de buena madre, nos inspiren en nuestras reflexiones y nos dejen a nosotros hacer el elogio de la locura y hagan ellos, los criticones, la apología de la estupidez.

Se nos miraba torcido pues se decía que éramos **competitivos**. Esto por el cuadro de honor. Siempre soñé con tener el honor de figurar en él. Todos los años, todos los trimestres me lo proponía. Jamás lo conseguí. Pero sin esa ilusión quizá no hubiera llegado.  
Hay que apuntar a las estrellas para llegar a las cumbres. Y no reptar en la mediocridad, en lo fácil, en lo muelle, en “zafar” como se dice ahora.

**SI UNA SOCIEDAD PIERDE EL CRITERIO DE EXCELENCIA, SU DECLINACIÓN ES SEGURA. AQUÍ SE PERDIÓ HACER MUCHO POR CULPA DE ESE CÁNCER DE LA DEMOCRACIA QUE ES LA DEMAGOGIA Y POR LA NOCIÓN PERVERSA DE QUE SOBRESALIR ES ANTIDEMOCRÁTICO.**

Los hombres prácticos nos criticaban y se burlaban, **por que perdíamos un año de gusto**, decían.

¿Y quien de nosotros no ha perdido años en su vida?

¿Acaso el repasar nuestra historia en profundidad, descubrir la astronomía, enfrentarse con el derecho, vislumbrar la economía política y asombrarse con la biología, no era un inmejorable curso de orientación vocacional, que nos ahorró, seguramente, años de fracasos?

Pero el mayor grado de idiotez es el de aquellos que me dicen “Bueno, de algo te habrá servido, al menos te fuiste preparando en derecho” Parodiando a Clinton les respondo **“NO IMBÉCIL, ES LA HISTORIA DEL ARTE”**.

El derecho les habrá servido a quienes estudiaron ingeniería o medicina. A mi me sirvió también para conocer a dos caballeros, Agustín y Julito de Vedia y Mitre.

La “Historia del Arte”, con aquellas maravillosas clases de Schenone, desde los primitivos flamencos hasta el delicado Monet, con las transparencias que para entonces eran una modernidad, **JUSTIFICABA POR SI SOLA EL SEXTO AÑO.**

Nos enriquecimos pues, con aquellas materias de carreras que jamás íbamos a estudiar.  
**FUE NUESTRA ÚLTIMA OPORTUNIDAD DE CONOCER COSAS SOBRE LAS QUE LA CORTEDAD DE LA VIDA NO NOS PERMITIRÍA VOLVER.**

Como en “Las mil y una noches” entramos mendigos y salimos príncipes.

### **¡Qué no se dijo contra el latín!**

“Desde el primer día que nos ponen en latín, somos introducidos en un sistema más perfecto que el de nuestras lenguas y capaz de **más concisión y energía**.

Al final de los cursos de latín, la **gimnasia de la atención** ha llegado a un punto increíble: uno retiene en la mente todas las palabras de un párrafo de Cicerón, por ejemplo, con sus casos y tiempos hasta llegar al final, **donde de golpe se da toda la idea**; una actividad intelectual tres o cuatro veces mayor que leer en castellano o en inglés” observaba el sabio Padre Castellani, otro de nuestros escritores ajenos al panteón oficial.

El latín exige claridad ¡sobre todo claridad en estas épocas confusas! Exige equilibrio. Exige rigor. El latín es una lengua arquitectónica.

El latín construye cabezas, repetía una y otra vez un rector de Filosofía y Letras.

Pero el latín es una lengua muerta, arguyen los hombres prácticos. Precisamente por eso: las ciencias avanzan, pero la religión, la filosofía, las ideas se profundizan. Y para ello se necesita una lengua cuyos vocablos no estén sujetos al diario desgaste o al capricho del momento.

Recuerdo una escena surrealista. Un viejo profesor de latín cuya amistad mantuve muchos años, que vivía en Barracas –no suelen hacerlo en Recoleta-. fue, una mañana soleada, a la plaza con su libro de Virgilio. De repente un marino extranjero se sentó a su lado. Con curiosidad observó su lectura y lo interrogó en latín. El profesor, mostró a su vez su asombro por que un marino de un país comunista hablara la lengua de Horacio y este le respondió; “somos comunistas pero no somos imbéciles”. Seguramente eran menos imbéciles que los señores prácticos que nos hablaban de la inutilidad de una lengua muerta.

Perdió el Occidente la oportunidad de conservar su lingua franca patoteramente reemplazada por el inglés. Al menos el Colegio mantuvo el bastión

¡Qué la **disciplina** era muy rígida ¡

¡Vaya si lo sabré!

Como viejo cliente de la Prefectura – en la que me estrenó Marfany -hombre de pocas pulgas- les aseguro que las picardías, sin riesgo, no tienen gracia alguna. Corría riesgo De Elía cuando se “apropió”- no me pregunten cómo- de una llave maestra y abriendo una ventana con ella, se rateaba en la cornisa más alta, al borde del vacío.

De vivir Cané sus anécdotas las hubiera incorporado a “Juvenilia”

A veces aparecía su sombra tras el vidrio esmerilado, parado en la bendita cornisa ante el terror del profesor. Llamado el ordenanza, temblando, abría la ventana, y, cuando se esperaba lo peor, D’Elía pedía, al borde del vacío, con toda naturalidad y tono amable y sereno si tenían “un trocito de tiza”. Lo tomaba y se mandaba a mudar...por la cornisa.

¡Cómo olvidar cuando con la misma llave abrió ocultamente la puerta trampa de las gradas de botánica y se quedó allí dentro dando golpes espiritistas durante toda la clase de Mullman. Se pusieron celadores de guardia en los rincones para atrapar al fantasma; el propio prefecto llevó a cabo la encuesta llegando a la conclusión de que no se trataba de un espíritu, sino que entre nosotros “había un ventrílocuo”. Afortunadamente no se les ocurrió pasar lista, pues D’Elía no hubiera podido dar el presente. Los fantasmas lo tienen prohibido.

Pero jamás se nos ocurría rayar un pupitre ni ensuciar una pared.

Cuando visité por primera vez el fatídico local prefectural me barajó el aterrador Amoroso, calva reluciente, escasa estatura y ojos fogosos, con su acostumbrado “¿Usted como se llama?”, mientras el bueno del mono Queirolo indagaba si era “reincidente”.

Y al dar mi nombre, Amoroso se tomó la cabeza y me gritó espantado “Su padre me volvió loco durante seis años y ahora llega usted”.

Y duré otros seis años.

El Colegio es tradición ...

¿Somos **diletantes**? Pues sí lo somos.

En el frontón de la Academia de Platón estaba escrito: “Demostrad vuestros conocimientos **geométricos** al ingresar”. Eran diletantes estos filósofos.

Veamos la polis griega. Veamos su esplendor y veamos su súbita decadencia, inexplicable aparentemente. Dice Indro Montanelli en su deliciosa “Historia de los griegos”: Los griegos eran un pueblo de **diletantes**. La polis impedía que se formasen técnicos (gracias a Dios no existía el Otto Krause) o expertos. Nadie se especializaba en nada. En la polis, al menos hasta Xenofonte, no había siquiera especialistas en la guerra. Incluso los generales o los almirantes podían ser, hasta el día anterior, tenderos o maestros. Cada uno era el propio comandante, el propio empleado, el propio legislador, el propio policía, el propio médico, el propio sacerdote y el propio filósofo.

Cuando se perdió el diletantismo, quizá cuando Xenofonte se hizo militar profesional y reclutó sus mercenarios, comenzó la decadencia de la polis. Y Grecia, que nunca fue una nación sino un conjunto de polis, al perder sus diletantes sólo esperó al salvador extranjero –Alejandro- que pasó como un rayo y como un rayo se apagó.

Se nos tilda también de **afrancesados**.

Pues sí: somos francesados, pero también españolizados, americanizados, italianizados. El patriotismo no significa estar encerrado en las fronteras.

Estudiábamos tres años de francés y en el cuarto literatura francesa, la que preparábamos con el mismo manual con que lo hacían los estudiantes galos de nuestra edad. Arrancábamos desde la Chanson de Roland, aunque Frondizi nos había sumergido antes en Víctor Hugo

“De Palos de Moguer, routiers et capitains. Partent ivres d’un rêve heroïque et brutal.”

El argentino Héctor Bianciotti, en su discurso de ingreso a la Academia Francesa de Letras publicado por la Sección Cultural del diario la Nación, en uno de aquellos raros números que, por excepción, no estuvo dedicado a Victoria Ocampo, dijo: “**Vengo de un país joven- la Argentina- donde una de las tradiciones más arraigadas es el amor a Francia; donde decir Francia es decir “la Cultura”**”

Rafael Squirru expresó a su vez: “Las grandes verdades son comprendidas por el común de las gentes (aún las que no saben leer y escribir) **cuando están debidamente explicadas**. Y atribuye esa virtud a la “**clarté**” (**la claridad**) francesa. Este arte lo cultivaron los profesores de todas las materias. De lo contrario no se explica que grandes profesores universitarios fueran entendidos por chicos de doce o trece años.

Conversando con el alma mater de esta celebración, Rubén Zeida, me decía “La Argentina, en la primera mitad del siglo 19 debió ser la única región del mundo en que el francés era la segunda lengua y no se había impuesto ni por el cañón ni por la espada”.

Nuestro querido compañero Horacio Salas, sostenía en un reportaje: “Una de las pruebas más fehacientes de la decadencia argentina es que cambiamos París, como centro de la cultura, por Disneyworld”.

Pero no nos quedábamos allí. Si no los perdimos en las mudanzas de nuestras vidas o debimos venderlos en un apuro extremo, observemos nuestros anaqueles y hallaremos muchos tomos de la colección Austral o de Losada, que compramos ya desde primer año. Nos españolizamos especialmente con la generación del 98, resumida en la sigla BABUM (Baroja, Azorín Benavente, Unamuno y Maetzu)

Ya en las primeras semanas del primer año nos **cubanizábamos** cuando comenzábamos a memorizar

“Tiene el leopardo un abrigo  
en su monte seco y pardo  
yo tengo más que el leopardo  
porque tengo un buen amigo.

Tiene el señor presidente  
Un jardín con una fuente  
Y un tesoro en oro y trigo,  
Tengo más, tengo un amigo.

Cultivo una rosa blanca...

Y de Martí saltábamos a **Nicaragua** con el lobo de mar de la Sinfonía en Gris Mayor de Rubén.

“...Es viejo ese lobo. Tostaron su cara  
los rayos de fuego del sol del Brasil  
los recios tifones del mar de la China  
lo han visto bebiendo su frasco de gin”

Y nos **italianizaba** Battistesa con sus maravillosas explicaciones del Dante

Y nos **mejicaneábamos** (perdón) en segundo año con Amado Nervo

“Esta llave cincelada  
Que en un tiempo fue colgada  
Del llavero  
De la abuela  
En continuo repicar  
Inundaba de rumores  
Los vetustos corredores;  
Esta llave cincelada,  
Si no cierra ni abre nada  
¿para qué la he de guardar?”

**Ser** “del Buenos Aires” no era lo mismo que **ir** al Moreno o a algún otro nacional. Abel Posse nuestro embajador-escritor, recuerda el 17 de octubre del 45, como la tarde en que la muchedumbre que pasaba por las puertas de su casa, interrumpió su estudio para preparar el examen de ingreso al Colegio. Parecía para él más importante su preparación que la revolución. Y lamenta la muerte de su abuela diez días después, por que se fue sin enterarse que su nieto había podido ingresar al Buenos Aires

No quiero terminar estos recuerdos con la cursilería chistosa de decir “hemos cumplido nuestros primeros cincuenta años”.

Sabemos que no son los primeros sino los únicos.  
Podemos recordar aquella poesía de segundo año:

“Muy cerca del ocaso yo te bendigo, vida,  
Porque nunca me diste ni esperanza fallida,  
Ni trabajos injustos, ni pena inmerecida.

Cierto, a mis lozanías va a seguir el invierno,  
Pero tú nunca me dijiste que setiembre fuera eterno

Vida nada me debes. Vida estamos en paz”

Eso no significa que seamos inservibles, que no tengamos un corazón alegre y lleno de esperanzas, que el fuego sagrado que nos dio el Colegio se haya apagado.

**No, no nos hemos rendido.** Tenemos más sabiduría, más experiencia – y también más tiempo- que cuando nos llevábamos el mundo por delante. Y seguimos teniendo proyectos, quizás alguno pueda ser ahora compartido con los compañeros reencontrados. Ese bagaje podemos ponerlo, con más libertad que nunca, al servicio de la Patria y de nuestros hermanos..

**¡Magis! Siempre arriba**

Como dice la copla tucumana:

**“Viejo es el viento y sin embargo sopla”**

Norberto QUANTIN, 3 de noviembre de 2006